



Un Recuerdo



Hay libros cuyo encanto, cuya fuerza, cuyas mayores calidades literaria parecen provenir enteramente de la potencia con que el escritor se ha instalado en la realidad para, compenetrado con ella, absorber sus jugos y volcarlos luego en su obra. Son libros en los que la vida transita, melancólica o jubilosamente, pero siempre con fuerza avasalladora. Cuando el autor es, además, una personalidad vigorosa, estos libros suelen tener un atractivo más: todas sus páginas adquieren un sabor autobiográfico, incluso aquellas en que no se narran pormenores de la vida de quien los ha escrito, y logran, así, una temperatura vital que los convierte, digamos, en un vivo, desnudo corazón palpitante. Dichas obras pueden ser las mejores contribuciones para esa futura ciencia, síntesis de muchas otras, que José Ortega y Gasset pensaba que debía llamarse conocimiento del hombre. Libros de esta índole son todos, o casi todos, los de Domingo F. Sarmiento. En ellos se respiran bocanadas de vida vivida, donde no falta nunca ese sabor autobiográfico al que nos hemos referido. Sabor autobiográfico tiene el *Facundo*. Y mucho más, desde luego, *Recuerdos de provincia*. En este libro, tan hermoso, y gracias al poder adquirido por su consustanciación con la realidad, el escritor argentino consigue dar calidad de perdurable a lo efímero. Y consigue, también, dar intenso valor significativo a algunas escenas que su memoria ha rescatado de su propia infancia. Una de estas escenas aparece cuando Sarmiento recuerda a su "maestro y mentor", el presbítero don José de Oro, y es la siguiente:

*Cuidábase don José de expurgar mi tierno espíritu de toda preocupación dañina, y las candelillas, los duendes y las ánimas desaparecieron después de largas dudas y aún resistencias de mi parte. Estábamos una noche solos ambos en nuestra solitaria habitación de San Francisco del Monte, y había velándose en la vecina iglesia el cadáver de una mujer hidrópica. "Anda, Domingo, me dijo, y tráeme de la sacristía el misal, que necesito ver un *speibus* que hay, contra lo que dice Nebrija". Tenía yo que entrar por la puerta de la iglesia, dejar atrás el ataúd rodeado de velas, tomarle una,*

o resolverme a engolfarme en el cañón oscuro del edificio, y entrar en la sacristía. Estuve sudando a mares en la puerta gran rato, avanzando un paso y retrocediendo, hasta que desvolviéndose el miedo que se estimula a sí mismo y multiplica sus fuerzas, yo renuncié a entrar, y me volvía, cola entre piernas, a confesarle a mi tío que tenía miedo a los difuntos; iba resuelto como un balandrón puesto a prueba, a pasar por la vergüenza de humillarme hasta merecer el desprecio, cuando por una ventanilla vi la cara plácida, tranquila de mi tío que dejaba deslizarse lentamente el humo de una reciente fumada del cigarro. Al ver esta fisonomía noble me creí un vil, y volviendo sobre mis pasos, entré a la iglesia, dejé atrás el difunto, y en alas del sentimiento del honor, que no ya del miedo, tomé a tientas el libro y salí levantándolo alto, como si dijera ya a mi maestro: he aquí la prueba de que no tengo miedo. De regreso, empero, parecíame de lejar que no había esperado suficiente para pasar sin exponerme a que el difunto me echase gaira a las piernas. Esta seria reflexión me conturbó un momento, y describiendo en torno suyo un círculo, vuelto el cuerpo y los ojos a él, rozando la espalda contra la muralla, marchando de lado, después para atrás por no perderlo de vista hasta tomar la puerta, yo salí de aquella aventura sano y salvo, y mi tío recibió el libro y buscó en él y halló el caso. Pero él ignoró toda su vida las peripecias que habían agitado mi espíritu en seis minutos. Yo había sido vil, grande, heroico y miedoso, y pasado por un infierno, por no sentirme indigno de su aprecio.

Es admirable la sencillez con que todo está dicho —mejor diríamos: puesto— en el fragmento transcrito. Todo es allí nítido y claro; las palabras, transparentes, nos colocan sin inútiles rodeos ante la situación física e íntima de los personajes. Todo es aquí visible: el sereno estar del anciano, echando sus fumadas de humo; las zozobras del niño; el ambiente asustante que para él tiene la iglesia donde yace el cadáver. El escritor no busca complejidades, no se enreda con angustias sobrepuestas, pero ¡qué hondo se adentra en lo esencial humano, en esos sentimientos, o instintos, perdurables a través de to-

dos los cambios! Porque el miedo del niño no es únicamente miedo pueril en el más estricto, etimológico sentido que el adjetivo connota. Ese miedo, ese inicial temblor del ser ante cualquier forma del misterio pertenece a especie. El miedo es lo primitivo. Y lo propio de primitivos. Nuestro miedo, o nuestros miedos, de hombres civilizados son pervivencias del hombre primitivo que aún llevamos —y nos atrevemos a decir afortunadamente— en nosotros. "Jamás se dirá bastante de qué manera el miedo nos es natural y habitual. Las variedades de la emoción no son más que variedades del miedo", ha escrito Alain. Pero agrega que, por lo mismo "todo espíritu tiene siempre un trabajo de héroe por hacer". Nada más exacto. Porque del mismo modo que el error es la raíz de toda verdad, el miedo es la raíz de todo auténtico coraje. Nuestro coraje es sólo la capacidad de vencer el miedo consustancial a nuestra naturaleza. El coraje, dicho de otro modo, es nuestra capacidad de vencernos a nosotros mismos. Quien no haya conocido el miedo, esa temblequera del ser, no puede arribar a formas auténticamente humanas del coraje. Su coraje, si así pudiera llamarse, sólo sería el instinto del tigre, que no es desde luego, coraje, sino mero impulso carnívoro. El coraje genuino es siempre una lúcida conquista. Una conquista como la de este niño que ante la fisonomía noble y serena que ve a lo lejos quiere hacerse digno de ella y siente que su miedo lo envilece. Su coraje es entonces una verdadera creación de la que son instrumentos su voluntad y su inteligencia, sus afectos y el sentimiento de su propio decoro. Una creación de todo su ser, en suma. Hacernos ver y sentir eso convierte en ejemplar a la página transcrita. Sobre todo en pueblos que, con frecuencia, han confundido el coraje con vesánicos instintos destructivos. Y ejemplar, e igualmente aleccionante, es también la conclusión. Incisivamente se subraya allí la maravillosa plasticidad del alma humana. Esa plasticidad que permite que, en seis minutos, se pueda ser, sucesivamente, vil y grande, cobarde y heroico, para conquistar, al cabo, apuella a que obliga el sentimiento de la propia dignidad.

Arturo Sergio Visce